

de Víctor Infantes

cerca de treinta, entre los años 1625 y 1634, cuando se dicta la famosa suspensión gubernativa; el importantísimo “Inventario” de su librería, realizado a su muerte en 1648, con 19.820 volúmenes adecuadamente identificados por sus títulos y, como no podía ser menos para cerrar la biografía de nuestro editor/librero, su “Testamento” notarial. Hace ahora casi diez años Anne Cayuela nos regaló un libro deslumbrante sobre la significación de las piezas preliminares de los libros áureos: *Le paratexte au Siècle d'Or* [Ginebra: Droz, 1996], por él supimos muchas más cosas (y en verdad importantes) de la razón de ser de los impresos españoles; hoy este nuevo estudio, hecho con la paciencia de detective, la constancia de investigador y la sabiduría del erudito nos desvela el amor de su autora por nuestra cultura, pero nos deja también una deuda con todo lo que nos revelado.

El segundo volumen de la “*Biblioteca Litterae*” es un facsímile, y no uno cualquiera, sino el de uno de los más importantes tratados de caligrafía áurea, el del Maestro sevillano Francisco de Lucas, titulado *Arte de escrevir. Facsímile de la edición de Madrid, Francisco Sánchez, 1580* (BNE R/2753) [Madrid: Calambur (Biblioteca Litterae, 7), 2005, 31 pp.+ 96 fols. de facsímile+1 h.], con “Introducción” de Ana Martínez Pereira (pp. 9-31). La *prohemista* es Profesora de la Universidad de Oporto y llega a este prólogo (aparentemente inocente) con una carta de presentación de muchos maravedíes, pues aparte de alguna docena de trabajos sobre escritura, cartillas y doctrinas para aprender a leer, emblemas y demás zarandajas gráfico/literarias, se ha doctorado con una Tesis, *Manuales de escritura de los Siglos de Oro*, que queremos ver pronto editada y que ha jubilado (honoríficamente) al benemérito Cotarelo. De manuales, artes y *syntagmas* caligráficos es, al día de hoy, la mayor especialista con la que cuentan los estudios de la cultura escrita española de los Siglos de Oro; y, por ello, es la más indicada para enseñarnos la significación de esta obra y guiarnos por su perturbadora belleza tipográfica.

Porque esa introducción no es un retal con que el adecentar un *reprint*, dice y trasluce más de lo que dan de sí las veintipocas páginas que la acogen; vean las notas, la bibliografía manejada y los conocimientos destilados con cuentagotas. Para acercarse a un libro de caligrafía hay que armarse de probada paciencia, de mucho ojo crítico y de un suavísimo tacto bibliográfico; lo normal es encontrarse con tiradas plagadas de problemas técnicos en la impresión, con el fin de aprovechar las láminas, reordenar (de nuevo) los contenidos o acomodar los textos con las *muestras*. Los galimatías bibliográficos son habituales y sólo se desenredan persiguiendo y cotejando ejemplares, con calma, tino e intuición, lean, por ejemplo, el problema del cuaderno de la “*signatura O*” de este libro (pp. 23-24), que ha tentado los saberes tipográficos de la autora y que ha sabido resolver con brillantez; así como la decisión de haber elegido repro-

resonalla grandella
na
La cosa mas preciosa:
y de mayor estimacion
en el escreuir, es la libera-
lidad, sin la qual justa-
mente deve tenerse en po-
Fran^{co} Lucas lo escre-
uia en Madrid año de 1570

ducir esta edición en concreto, y no la *princeps* de 1577 ni la más tardía de 1608. Libro capital de la historia de las *letras* españolas y que ahora tenemos al alcance de las manos, con un estudio preliminar que nos explica la razón de ser de su importancia.

Ambas ediciones vienen vestidas con la galanura tipográfica de Emilio Torné, Maestro del Arte de la Imprenta y “*Profesor del mismo Arte*”, del que ya dimos cuenta en la entrega citada; ha sabido, de nuevo, pero eso no es noticia, sino casi obligación, dibujar dos impresiones que dejan en el lector ese silencioso placer de los libros bien realizados, sin saber (ni tener que preguntar) la razón. En el caso del facsímile de Francisco de Lucas ha preferido reproducir la obra usando un fondo agrisado que realza la propia significación tipográfica del original. En fin, dos obras para aprender, disfrutar y reconciliarse con los libros bien hechos y mejor editados. Anne Cayuela y Ana Martínez Pereira nos darán todavía algunas sorpresas bibliográficas, pero tienen la obligación de mantener ese listón crítico a la altura de las circunstancias.

Sigo sin hablar en mi *Aurea* de esa novela del Centenario, que (¡afortunadamente!) se nos acaba ya, con la novedad reciente de un ajedrez *manchego* para rizar el rizo de las andanzas del sanchopeón; que, de verdad, lo veo en desplegable y no sé en qué escaque exiliarme. Tiempo habrá con la ventura de otras fechas de volver a él como merece, que todavía queda mucho otoño para quemar naves, coloquios y homenajes; y ya vendrán los catafalcos impresos con los rescoldos de los fastos y nos darán materia suficiente para pasar por el cedazo el grano de las pajas. Mientras, me refugio en la siempre incisiva prosa de Leonardo Padura con su reciente *La neblina del ayer* [Barcelona: Tusquets (Colección Andanzas, 577), 2005, 358 pp.+1 h.], y, entre estas brumas, las andanzas cubanas de Mario Conde (el descreído detective librero) por los misterios de una biblioteca en La Habana vieja.